

**Francisco García Calderón, el arielista:
un pensador de talla continental**

Teodoro Hampe Martínez

Puesto bajo el signo de la tolerancia y del liberalismo más sinceros, pluma ágil y de amplio espectro, pensador distinguido de la generación del «novecientos» en el Perú y América Latina, Francisco García Calderón Rey (1883-1953) no ha tenido la suerte de merecer una posteridad plena de reconocimiento y simpatías. En el intenso y azaroso rumbo de su trayectoria intelectual, diversos temas captaron su aliento: pasó del examen de la realidad social peruana al complejo ámbito de la identidad y el destino histórico hispanoamericanos, y de aquí saltó con agudeza e ingenio al análisis de la cultura europea y de la política internacional de su tiempo. Pensamos que la crucial modificación en sus concepciones originales, al tomar distancia respecto de las barreras protectoras del latinismo que en un inicio había planteado, sería una de las razones para el decaimiento en la figura y la vigencia de García Calderón. Las tempranas luces de su pensamiento, su alineación con *Ariel* y su defensa de la «raza latina» cayeron en una suerte de gran olvido dentro del mundo hispánico, del cual solamente ahora —medio siglo después de su fallecimiento— intentamos rescatarlo.

1. Sociedad e ideología durante la República Aristocrática

Bien sabido es que Francisco García Calderón y sus compañeros de generación en el Perú, los novecentistas o arielistas, estuvieron fuertemente impactados por la derrota que había sufrido el país, a manos de Chile, en la guerra del Pacífico (1879-1883). Esta contienda había hecho evidente la frágil integración colectiva de los peruanos, divididos por abismales diferencias de lenguas, creencias y costumbres. Inspirándose en Elisée Reclus (1830-1905), sostenía García Calderón que la falta de

cohesión constituía un grave peligro y que ésta fue una de las razones que aseguraron en dicho conflicto la victoria de las fuerzas chilenas, «más unidas por el sentido de nacionalidad».¹ Fue nuestro personaje el padre de la idea de que la derrota en la guerra del Pacífico se había definido ya varios lustros atrás, por la carencia de capacidad dirigencial y aglutinadora de la burguesía limeña.

Por lo tanto, había que modernizar la sociedad peruana y atacar las causas que la mantenían en el atraso material y con una integración ficticia. El *aggiornamento* tecnológico se había puesto en marcha desde la fase de la Reconstrucción Nacional, bajo el impulso del general Andrés A. Cáceres, gracias al convenio pactado con Grace y los acreedores extranjeros (1889); pero aun con la pujanza que exhibía la economía peruana al rayar el siglo XX, quedaba mucho por corregir. Debía lograrse que la raza indígena, protegida de abusos y usurpaciones, se convirtiera en uno de los factores del progreso colectivo, transformando a los hombres en campesinos y obreros de mentalidad moderna, inclusive socialista. El espíritu de previsión y ahorro, la formación de mentes críticas, la protección de la industria, una política estatal respetuosa de la diversidad de etnias y regiones, la promoción de la cultura superior para formar elites: todo esto propuso el joven García Calderón a las clases dirigentes de su patria.

Nos situamos en la coyuntura política, social e ideológica de aquella etapa que Jorge Basadre denominó la «República Aristocrática», la cual se extiende desde la revolución civil de Piérola hasta la violenta toma del poder por Augusto B. Leguía (1895 a 1919).² En este contexto, junto con las secuelas de la guerra del Pacífico, hay que mencionar la inquietud por el centenario de la emancipación de las antiguas colonias hispanoamericanas. Sería un error pensar que la conciencia de la primera centuria de vida independiente fue patrimonio exclusivo de la generación que se conoce como la del Centenario, y que se desarrolló bajo el amparo del gobierno leguista en los años de 1920. Los novecentistas peruanos percibían el ambiente de conmemoración e introspección que se vivía en los países vecinos de América del Sur, donde políticos e intelectuales —especialmente historiadores— rememoraban la gesta de las juntas de gobierno y de las tempranas guerras por la independencia.

¹ Elisée RECLUS, *Nouvelle géographie universelle: la terre et les hommes*. Paris: Librairie Hachette, 1893, vol. XVIII. Citado en FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*. Trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima: Banco Internacional del Perú, 1981 (Col. Reflexiones sobre el Perú), p. 27, n.º 3.

² Para una visión general y lúcida de este período, véase Manuel BURGA y Alberto FLORES GALINDO, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, 2.ª ed. Lima: Rikchay Perú, 1981.

Se dio por entonces una proliferación de historias nacionales, que ensayaban formular el «gran relato» encaminado a la consolidación del Estado nacional; dinámica en la cual sobresalen las obras escritas por jóvenes talentos como el boliviano Alcides Arguedas, el uruguayo Hugo David Barbagelata, el venezolano Carlos A. Villanueva, y José de la Riva Agüero, limeño de aristocrática cuna, casi todos ellos tributarios del arielismo. Francisco García Calderón fue también sensible a la coyuntura de la Independencia, y varios de sus textos arrancan de la constatación de la penosa situación en que se hallaba la mayor parte de América Latina tras un siglo de la ruptura política con España.³ Emancipadas en el orden político, las repúblicas del Nuevo Mundo llevaban, empero, una vida parasitaria. Eran colonias en lo intelectual y lo moral, pues corriente era la imitación en las ideas y la moda, en la literatura y hasta en la política. Los códigos legislativos y los patrones artísticos eran reflejo de los modelos europeos y norteamericanos.

Más aún, el patriotismo exacerbado en América Latina durante cien años no había hecho otra cosa que dividir artificialmente esas naciones y enfrentarlas en conflictos sangrientos, a pesar de que entre estas comunidades no se daban las diferencias de lengua, raza, religión y tradiciones que separaban a los pueblos europeos. Un siglo de vida independiente había enmarcado el continuo progreso y consolidación del Norte anglosajón, a la vez que el estancamiento de los pueblos del Sur. En otras palabras, se había cumplido plenamente la amenaza señalada con lucidez por Simón Bolívar. Por ello concluye García Calderón: «El primer centenario de la libertad, pomposamente celebrado de Venezuela al Plata, impone una nueva actitud. Es la hora severa de un examen de conciencia».⁴

Para luchar contra la dependencia, el arielista peruano proponía consolidar una firme y progresiva autonomía. De hecho, éste es el principal anhelo que inspira las páginas de *La creación de un continente*, su maduro libro publicado en París en 1913. Frente al imperialismo vigilante, sugiere aquí la fusión de intereses entre el conglomerado de pueblos hispanoamericanos y señala que la definitiva independencia vendrá de la modernización económica y social, que hará posible un desarrollo democrático real y no retórico. También se pronuncia a favor de la división de los grandes latifundios, especialmente en México, Guatemala, Perú y Bolivia, donde las haciendas y estancias constituían heren-

³ Cf. Jorge Guillermo LLOSA, «Francisco García Calderón», en *Biblioteca Hombres del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1966, vol. XXXVIII, pp. 67-71.

⁴ GARCÍA CALDERÓN, *Obras escogidas*, vol. II. *La creación de un continente*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, p. 57.

cias feudales que perpetuaban el sometimiento de la raza vencida: los indios. Lo que propone es una modernización sin sobresaltos («ni forzo-
sa nivelación ni feudal tiranía»), un proceso que conduzca hacia una
sociedad basada en los méritos individuales, de libre selección, «en que
se imponen el talento y la energía, y perpetuo remozamiento de las
aristocracias».⁵

2. La vocación intelectual de Francisco García Calderón

Es un hecho indudable que García Calderón, aunque nacido por los
azares del destino en el puerto chileno de Valparaíso, durante el destie-
rro que sufrieran sus padres en la guerra del Pacífico, fue el discípulo
más notable y predilecto de José Enrique Rodó (1871-1917) en los medios
limeños. En su obra paradigmática de 1900, *Ariel*, el maestro uruguayo
dirigió una especie de sermón laico a las nuevas generaciones. Su ideal
para América era la conservación de las tradiciones clásicas, su ensueño
o utopía «la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del
helenismo».⁶ Oponiendo a la utilitaria civilización anglosajona el viejo
ideario latino, Rodó marcaba el camino para fundar la democracia au-
téntica y la libre selección de las capacidades.

Dejando a un lado la gran influencia liberal y republicana que reci-
biera de su padre, el jurista arequipeño Francisco García Calderón Lan-
da, autor del sólido *Diccionario de la legislación peruana* (1860-64, 2 vols.),
conviene poner atención a las lecturas del joven Francisco. En su época
de estudiante en la Universidad de San Marcos, fueron los libros de
Castelar, Maistre, Donoso Cortés, Michelet, Spencer, Le Bon, Reclus,
Renan, y especialmente Taine, los que formaron el marco teórico para su
aproximación al estudio del Perú y de la realidad iberoamericana. Como
bien lo anotó Gonzalo Zaldumbide: «Desde mozo, allá en su Lima indo-
lente, se alzaba ya a otear el mundo, vivía como al atisbo de indicios
significativos y apresurábase a inquirir el curso definitivo de las corrien-
tes espirituales».⁷

⁵ *Ibidem*, p. 163.

⁶ *Ibidem*, pp. 113-114. Véase también José Luis ABELLÁN, ed., *José Enrique Rodó*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1991 (Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina, vol. 14), pp. 19-22 y pp. 31-69, en las que se reproduce el texto íntegro de *Ariel*.

⁷ Gonzalo ZALDUMBIDE, «Francisco García Calderón: semblanza», en GARCÍA CALDERÓN, *El wilsonismo*. París: Agencia General de Librería, 1920 (Biblioteca latinoamericana), p. 5.

Tempranamente, a los 21 años de edad, inicia una serie de publicaciones fundamentales en el campo de las ideas y de las humanidades, que sacuden el escenario académico internacional. Así se plasmaron sus libros *De litteris* (1904), *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (1907) y *Profesores de idealismo* (1909), obras que parecen significar el tránsito de lo abstracto a lo concreto: son exploraciones en el ámbito de los conceptos y modelos generales que luego empleará al realizar sus estudios sobre el Perú y el continente americano. Aunque se puede hallar en sus escritos condenas al eclecticismo, en la práctica García Calderón se muestra como un ecléctico. Manifiesta fuertes simpatías por Bergson y Spencer en lo filosófico y por Rodó en lo político. La vieja tensión entre libertad y determinismo, que entre los marxistas se manifiesta como el ser y la conciencia y entre los cristianos como libre albedrío y ley natural, es uno de los temas principales que recoge nuestro autor de los maestros europeos.⁸

El Perú, la vocación intelectual, el exilio cuasi voluntario en Europa, los lazos de amistad duraderos y cierta forma esquiva de mirar la política constituyen rasgos que marcan su especial modo de ser intelectual. Como hombre de letras, Francisco García Calderón era, a pesar de su maltratada vista, un lector impenitente, un analista de alto vuelo, dueño de un estilo elegante y preciso, siempre atento a las nuevas corrientes de pensamiento en el mundo que le tocó vivir. En suma, era un humanista, un «intelectual fuerte», en términos de la historiadora del pensamiento Mariateresa Fumagalli.⁹ También fue ensayista de nota, articulista agudo y promotor editorial. Sólo una cosa le faltó para redondear un modelo de intelectual absoluto, y es que aun cuando ejerció como conferencista, nunca fue catedrático; pero siempre se comportó como maestro. Ahí está, como ejemplo, la influencia que tuvo en el ilustre escritor mexicano Alfonso Reyes (sobre lo cual volveremos más adelante).

La rapidez con que García Calderón adquirió un vuelo propio, conquistando un lugar de privilegio en las letras hispanoamericanas, es asombrosa. Y esta trayectoria se manifiesta en toda su magnitud conociendo la relación que nuestro personaje sostuvo con su maestro a la distancia, el gran «profesor de idealismo», José Enrique Rodó. Ambos estaban unidos por la consideración de la latinidad como fuente civili-

⁸ Tomamos esta noción de Augusto RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto». MS. Ponencia sustentada el 4 de julio de 2001, en el Congreso de la República (Lima), dentro del coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano*.

⁹ Mariateresa FUMAGALLI BEONIO-BROCCHIERI, «El intelectual», en *El hombre medieval*, ed. Jacques Le Goff. Madrid: Alianza Editorial, 1995, pp. 191-219.

zadora, por la fe en la aristocracia de la inteligencia,¹⁰ y por un acendrado sentido continentalista. Lo lamentable —como puntualiza Emir Rodríguez Monegal— es que estos dos hombres de espíritus afines jamás se conocieran personalmente: en efecto, Rodó y García Calderón construyeron sus lazos afectivos por medio de cartas, comentarios a sus obras e intereses intelectuales similares. Pero el contacto personal, el cordial apretón de manos, las tertulias sabrosas e informadas, jamás ocurrieron.¹¹

Cuando el peruano era todavía un estudiante destacado en la Universidad de San Marcos, Rodó (sin ser más que doce años mayor) ya era la figura intelectual latinoamericana por excelencia. En 1900 había publicado ese famoso opúsculo, *Ariel*, adoptado como libro de cabecera por la juventud hispanohablante de principios de siglo. Era natural, pues, que un muchacho imbuido de la prédica idealista de Rodó recurriese al amparo de tan distinguida figura cuando se animó a publicar una primera colección de artículos y ensayos suyos sobre temas de literatura y filosofía, con el título latino *De litteris*. El maestro uruguayo se entusiasmó rápidamente al leer el manuscrito de García Calderón, en el cual encontró madurez intelectual y profundidad de pensamiento, virtudes poco usuales para una persona tan joven. Gustosamente, Rodó redactó un pequeño texto a manera de prólogo, con el que cumplía el encargo solicitado.¹²

Según el juicio que Rodó plasma en el mencionado prólogo, García Calderón «empieza manifestando cualidades del juicio, o más generalmente de la personalidad, que suelen ser el premio de las largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu». En seguida manifiesta: «Este escritor nuevo, sin dejar de ser muy juvenil por su

¹⁰ Por eso es que resulta fuera de contexto reclamarles bases para el estudio de la cultura popular, como lo hace Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA, «La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón», en *Revista de Indias* (Madrid), vol. XLVI, n.º 178, 1986, pp. 643-649. Así se expresa con acierto Osmar GONZALES en «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual». MS. Ponencia ofrecida al coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano* (Lima), julio de 2001.

¹¹ Uno de los más preocupados por resaltar la relación entre estos dos notables intelectuales ha sido el profesor Emir RODRÍGUEZ MONEGAL. Cf. sus artículos «Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón», en *Número* (Montevideo), abril-septiembre de 1953, y «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), n.º 417, marzo de 1985, pp. 166-171.

¹² «Francisco García Calderón y la crítica literaria» se titulará, facticiamente, este prólogo que lleva por data Montevideo, 1903. Cf. GARCÍA CALDERÓN, *De litteris (crítica)*. Lima: Librería e Imprenta Gil, 1904, pp. v-vii.

hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabores de madurez». Y subraya su visión optimista: «Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana».¹³ El espaldarazo fue definitivo y contundente. Ahora que conocemos la trayectoria que siguió el arielista peruano, sabemos que Rodó no se equivocó: desde ese tiempo tan temprano, García Calderón ya se vislumbraba como su auténtico heredero.¹⁴

Por cuanto se refiere al ámbito social e intelectual limeño de su mocedad, hay que destacar naturalmente la relación estrecha con José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944). Ambos muchachos habían asistido al colegio de la Recoleta, dirigido por sacerdotes franceses de los Sagrados Corazones, eran vecinos del céntrico jirón Camaná y frecuentaban parecidos círculos humanos, en la cúspide de la sociedad capitalina. La feliz circunstancia de la publicación del epistolario entre ambos personajes, nutrido con más de un centenar de cartas, nos invita a tratar algunos puntos de esa relación.¹⁵ Es necesario tener presente el talante con que García Calderón se dirige a Riva Agüero. No hay en sus líneas asomo de envidia o ambición material, sino que ve en la carrera política de su amigo una posibilidad para realizar algunos de los sueños e ideales que los unieran desde sus primeros años, especialmente en lo que denominaban «la regeneración de la patria». Se trata de la política vista idealmente, platónicamente, como el gobierno de los sabios, lo que ellos mismos eran.

Puede darse por seguro que si Riva Agüero hubiera logrado sus objetivos políticos, sobre todo en torno a la aventura del Partido Nacional Democrático en 1915, García Calderón habría regresado de su exilio europeo, y cada uno hubiera cumplido los papeles que les estaban «asignados» por la historia y la estirpe: el primero como cabeza visible del Estado —no se olvide que Riva Agüero era bisnieto, en línea directa, del primer presidente de la República del Perú¹⁶— y el segundo como su más fiel seguidor. Esto revela otro aspecto notable de la personalidad de García Calderón, cual es la generosidad y hasta la humildad. A pesar de

¹³ *Ibidem*, pp. v-vi. Las mismas citas pueden hallarse en José Enrique RODÓ, *Obras completas*. Introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1957.

¹⁴ Cf. Jorge ANDÚJAR, «Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero», en *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (Lima), vol. 21, 1994, p. 21, y Osmar GONZALES, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima: Ediciones PREAL, 1996.

¹⁵ Véase José de la RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, en sus *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, 1999, vol. XVI/1, pp. 604-773. Las cartas, intercambiadas en uno y otro sentido, se extienden desde 1905 hasta 1941.

¹⁶ Enrique de RÁVAGO BUSTAMANTE, *El gran mariscal Riva Agüero, primer presidente y prócer de la peruanidad*. 2.^a ed. Lima: Industrial Gráfica, 1999, p. 91 y ss.

ser tan o más reputado que su amigo, intelectualmente hablando, y no obstante haber cimentado un sólido prestigio en Europa, no tiene ningún problema en ubicarse a la sombra de Riva Agüero, como un segundón. García Calderón antepuso permanentemente la amistad y un sentido de lealtad que sólo de vez en cuando se encuentra en personajes de tan fino calibre: era, diríase, un hombre de ideas casi puro.¹⁷

3. Ornamento retórico: lo clásico en García Calderón

Desde luego que no puede asignarse a Francisco García Calderón la característica de haber seguido muy cercanamente los modelos o referentes del mundo clásico. No se trata de un Garcilaso Inca de la Vega (1539-1616), a quien se ha llamado el primer latinoamericano de la historia, en el sentido estricto de la palabra; no es un escritor del Renacimiento que manejara directamente los parámetros de escritura y pensamiento de los viejos autores grecorromanos.¹⁸ Pero no faltan en sus obras algunas referencias, aunque sean meramente retóricas, nada más que recursos estilísticos, demostrando que a principios del siglo XX los intelectuales más jóvenes y brillantes de América Latina todavía respetaban grandemente el influjo de los clásicos.

En primer lugar citaré del prólogo que García Calderón escribió, en 1907, a su más notable libro de juventud, *Le Pérou contemporain*.¹⁹ Tome-

¹⁷ Respecto a las afinidades y diferencias, tanto socioeconómicas como ideológicas, entre nuestro personaje y Riva Agüero se ha pronunciado críticamente Jorge BASADRE, en «Realce e infortunio de Francisco García Calderón». Ensayo preliminar a GARCÍA CALDERÓN, *En torno al Perú y América (páginas escogidas)*. Lima: Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva, 1954, pp. xxxv-xxxix.

¹⁸ Véase Claire y Jean-Marie PAILLER, «Une Amérique vraiment latine: pour une lecture 'dumézilienne' de l'Inca Garcilaso de la Vega», en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (Paris), vol. 47, n.º 1, 1992, pp. 207-235, y Teodoro HAMPE MARTÍNEZ, «El renacentismo del Inca Garcilaso revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obra», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* (Genève), vol. 56, 1994, pp. 644-645. El apelativo de «primer latinoamericano» corresponde a la inspiración de Juan Marichal.

¹⁹ Esta obra ha merecido un penetrante análisis interpretativo, en el contexto de la evolución intelectual de García Calderón, a cargo de Pedro PLANAS, *El 900: balance y recuperación*. Lima: Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1994, pp. 63-69. Leemos aquí que la idea de *Le Pérou contemporain* ya la tenía en mente nuestro autor desde antes de partir a Europa, pero fue en la capital francesa donde pudo escribir con la tranquilidad que necesitaba y dar forma definitiva a esa primera reflexión integral sobre el Perú, y de la que el propio Riva Agüero sentiría una especie de envidia fraterna y admiración intelectual. Véase la carta del 12 de septiembre de 1907, en que le escribe a su compañero de lecturas y paseos: «Es el libro que yo soñaba. Me lo has arrebatado. No importa, bien arrebatado está» (RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, [15], p. 631).

mos la dedicatoria a su padre, el ilustre jurista y presidente de la República, Francisco García Calderón Landa (1834-1905):

A la gran memoria de mi padre,
el más dulce maestro de mi grave juventud,
yo dedico estas páginas de fe
sobre la patria de sus antepasados e hijos,
que defendió como espartano en la guerra,
que honró como ateniense en la paz.
«*Indocti discant: ament meminisse pereti*»,²⁰

Vemos aquí que tanto la frase latina que cierra la dedicatoria como, sobre todo, las referencias a las virtudes bélicas de Esparta y las virtudes pacíficas de los atenienses, son alusiones directas al mundo cultural y político de la Antigüedad. Se aprecia claramente el valor modélico y la alta cualidad retórica que los arielistas, como García Calderón, otorgaban al clasicismo. Pero, recorriendo las páginas de esa misma obra, no encontramos ninguna mención suplementaria, ni un atisbo de reflexión sobre cómo pudieran haber influido los referentes clásicos en la formación cultural peruana o en la disección que el autor hacía de esa sociedad.

Donde, sin embargo, se hallan alusiones más directas es en su celebrado libro de 1912, *Les démocraties latines de l'Amérique*, aparecido también en francés y en París (con prólogo de Raymond Poincaré, primer ministro y luego presidente de la República Francesa). Como bien sabemos, esta obra se plantea desde el propio título como una contestación —aunque tardía— a *De la démocratie en Amérique*, libro que entre 1835 y 1840 había publicado Alexis de Tocqueville (1805-1859), el analista político francés, alabando las virtudes de la emancipación de las colonias inglesas en Norteamérica y la marcha del sistema republicano en los Estados Unidos.²¹ Evidentemente, al referir en su texto a América, el escritor francés estaba pensando solamente en el gran país del Norte,

²⁰ GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*, [1], p. vii. *Indocti discant: ament meminisse pereti*, a pesar de contener una forma inusual del participio del verbo *pereo* (perecer), se puede traducir literalmente como «Escuchen los ignorantes: amen acordarse de lo perecido». Lo cual equivale a decir que, cuando ignoramos algo, es bueno recurrir a la historia. (Agradezco a la profesora Ana María Gispert Sauch por su gentil ayuda con esta frase latina).

²¹ Cf. Alexis de TOCQUEVILLE, *La democracia en América*. Edición crítica preparada y traducida por Eduardo Nolla. Madrid: Aguilar, 1990. 2 vols. (Col. Aguilar maior). Véase también el estudio biográfico-político de James T. SCHLEIFER, *Cómo nació «La democracia en América» de Tocqueville*. Trad. de Rodrigo Ruza. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1984.

dejando en un plano secundario a la otra América, situada al sur del río Bravo, que había experimentado la dominación española y portuguesa y estaba todavía formando sus Estados nacionales, en medio de graves tropelías y desajustes fiscales.

Francisco García Calderón toma la pluma para escribir contra esa negligencia, ignorancia o «ninguneo» de la América meridional, aquella porción del continente que —según el planteamiento bolivariano— debía unirse en un frente común, sumando esfuerzos para escapar a la previsible hegemonía del poderoso vecino del Norte.²² Ya se deja entender que nuestro pensador formula, como prototipo de su ambiente intelectual, una disensión entre la herencia sajona y la herencia latina del Nuevo Mundo. Para esto recogeré el libro VI de su obra mencionada, que se titula *El espíritu latino y los peligros alemán, norteamericano y japonés*, donde García Calderón esboza la esencia de lo que comprende por cultura o tradición latina, advirtiendo al mismo tiempo sobre los peligros de la injerencia extranjera, que pudiera provenir de Berlín, Washington o Tokio.²³

No encuentro en nuestro autor, siendo un analista tan profundo y tan buen conocedor de la producción intelectual de su época, mayores trazas acerca de quiénes habían iniciado esa corriente de entendimiento sobre el carácter latino de América. Este punto merece una reflexión algo pausada, si queremos situar históricamente el contexto en el cual empieza a darse el término de *América Latina*, nombre que hoy todos usamos más o menos libremente, pero que encerró una gran novedad en su momento inicial. Hay que referir la coyuntura y las condiciones propias que se dieron para que el conjunto de antiguos dominios españoles y portugueses en el Nuevo Mundo (así como también los franceses) pasaran a ser integrados bajo esta novedosa denominación. No se hablará más de Hispanoamérica, ni de Iberoamérica, ni del mundo hispánico como una globalidad; a partir de la década de 1850 se preferirá hablar, más bien, de América Latina.²⁴

²² GARCÍA CALDERÓN trata los problemas de la unificación o integración latinoamericana durante el siglo XIX en *La creación de un continente*, [4], lib. I, «La unificación», p. 59 y ss. Véase también HAMPE MARTÍNEZ, «Integración latinoamericana: proyectos y realizaciones a través de la historia», en *Festivales ALATU (Lima, 1982-1983). Síntesis informativa*, ed. Jorge Capella Riera (Lima: Asociación Latinoamericana de Teleeducación Universitaria, 1983), pp. 10-11.

²³ GARCÍA CALDERÓN, *Obras escogidas*, vol. III. *Las democracias latinas de América*. Trad. de Ana María Julliard. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp. 285-337.

²⁴ Cf. Miguel ROJAS MIX, *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991 (Col. Identidad cultural), p. 357 y ss.

Ello, evidentemente, representa un descentramiento respecto a los ejes que habían marcado la pauta de la vida política y cultural. Desterrar los términos antes mencionados significaba potenciar los elementos que eran comunes —siquiera remotamente— a este hemisferio y al mundo mediterráneo, vale decir, el ámbito donde habían señoreado los romanos a principios de la era cristiana y en el cual, por extensión, se había dado la vigencia de la civilización latina. Entonces, ya que Roma era la urbe desde la cual se extendió la dominación del Imperio hacia el resto de la Península Itálica, hacia Francia, hacia España, hacia Portugal y hacia otros lugares del Viejo Mundo, nuestra vinculación matriz venía a darse por este lado. Y así, pues, el núcleo esencial no debía ser más Madrid o Lisboa, sino la capital surgida de la revolución burguesa: París, evidentemente.²⁵

Por lo tanto, hablar de América Latina en aquellos momentos implica señalar que la pauta de referencia cultural se halla en Francia. La mitad del siglo XIX es, precisamente, la época de mayor vigencia de la lengua y la cultura francesas entre los hispanoamericanos; cuando impera el romanticismo los modelos literarios, estéticos, culinarios, espirituales, provienen de París, y el sueño dorado de cualquier intelectual que se precie es ir a codearse con los grandes maestros en la metrópoli del Sena. En este contexto hay que mencionar, concretamente, la intervención de dos personajes: el chileno Francisco Bilbao (1823-1865) y el colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), a quienes se reconoce como los iniciadores de la corriente ideológica que vincula a América con el «panlatinismo», el ancho mundo de la latinidad.²⁶

No hay espacio aquí para entrar en detalles muy puntuales. Señalemos, con todo, que la investigación comprueba que fue en el mismo año 1856, y con diferencia de sólo unos cuantos meses, que ambos intelectuales —residentes en la Ciudad Luz— se hicieron precursores voceros del latinoamericanismo.²⁷ Bilbao usó el gentilicio «latinoamericano» en una

²⁵ Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la impronta o hegemonía cultural francesa desembocó, políticamente hablando, en la agresión imperialista contra México y la instalación de Maximiliano de Austria en el trono de ese país. Véase al respecto Jorge BASADRE, *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. 7.ª ed. Lima: Editorial Universitaria, 1983, vol. 4, cap. XXXI, «La política de nacionalismo continental entre 1856 y 1862», p. 109 y ss.

²⁶ Recordemos que el pensador chileno, antes de viajar a París y postular el término de América Latina, había pasado unos años como desterrado político en Lima. Cf. Ricardo MELGAR BAO, «Francisco Bilbao y la rebelión de los igualitarios en Chile», en *Cuadernos Americanos* (México, DF), n.º 27, mayo-junio de 1991, pp. 52-68, y también el magnífico estudio de Alberto J. VARONA, *Francisco Bilbao, revolucionario de América: vida y pensamiento*. Panamá: Editorial Excelsior, 1973.

²⁷ ROJAS MIX, *Los cien nombres de América*, [24], s.v. «Bilbao y el hallazgo de América Latina», pp. 343-356.

conferencia sobre *Iniciativa de la América*, ofrecida el 24 de junio (antiguamente Día del Indio) ante un grupo de compatriotas reunidos en la capital francesa. Por su parte, Torres Caicedo, quien luego ganaría fama como acérrimo defensor del término «América Latina», a pesar de las negativas circunstancias de la intervención napoleónica en México, dio la nota más clara al escribir en su poema *Las dos Américas*, fechado en París el 26 de septiembre de 1856: «La raza de la América latina / al frente tiene la sajona raza, / enemiga mortal que ya amenaza / su libertad destruir y su pendón».²⁸

4. Carácter y perspectivas del latinismo en América

Continuemos con algunas ideas suplementarias de García Calderón sobre el tema de la latinidad. En su obra ya citada, *Les démocraties latines de l'Amérique*, refiere que en el siglo XIX, luego de la ruptura del vínculo colonial, han venido numerosos migrantes a poblar tanto la América del Norte como la del Sur y se ha producido, en consecuencia, una mezcla racial. Sin embargo, este fenómeno no impide que permanezcan dos herencias bien marcadas:

Esta confusión de razas de Norte a Sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; sólo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del Sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana.²⁹

Es interesante la mención de esos tres elementos fundamentales que dan cohesión profunda a la espiritualidad de las naciones latinoamericanas. ¿Qué es lo que mantiene la tradición, garantizando la vinculación de los pueblos en esta enorme superficie que va desde México hasta la cuenca del Plata? Pues las leyes de origen romano, que se trasladaron a través de la colonización hispánica; el catolicismo, que acompañó cual agregado indisoluble la empresa de los conquistadores; y un elemento

²⁸ Cf. Arturo ARDAO, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980 (Col. Enrique Bernardo Núñez, vol. 3), p. 103.

²⁹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 288.

adicional, las ideas francesas del racionalismo y de la Ilustración, que penetran con los Borbones a partir del siglo XVIII.³⁰ La consideración tan nuclear del aporte francés me parece un hecho clave, pues se relaciona con el argumento de que la tradición clásica o latinismo de América pasa por el tamiz, el conducto de Francia. La cita que sigue es por demás clara:

Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la Independencia hasta nuestros días. [...] Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es sólo ibérica, sino francesa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos.³¹

Por último, García Calderón observa críticamente los rasgos de carácter de origen mediterráneo que nutren el espíritu y marcan el color de las democracias existentes en América del Sur. Se trata de unas democracias realmente endebles, afectadas por la inestabilidad política, los frecuentes cambios de Constitución y los repetidos golpes de Estado. En estos países el panorama es radicalmente distinto al que prima en América del Norte; en las repúblicas y sociedades del ámbito meridional campea un latinismo inferior, el espíritu romano de la fase de decadencia, con abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio...³² Al igual que en la vieja Hispania que fuera su «madre patria», los defectos de la civilización latina decadente se reflejan en la vida americana.

Esas repúblicas latinas del hemisferio occidental no quedan, pues, al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias en la «raza» mediterránea. Sin embargo, aunque reconoce esta condición congénita inferior, plagada de defectos consustanciales a la herencia latina, García Calderón

³⁰ Sobre el tema de la influencia francesa en la época de la Ilustración, véase la recopilación de ensayos dirigida por Bernard LAVALLÉ, *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*. Paris: Centre National de la Recherche Scientifique, 1987 (Coll. de la Maison des Pays Ibériques, vol. 32), y especialmente los artículos de Joseph PÉREZ, «Tradition et innovation dans l'Amérique des Bourbons», pp. 237-246, y Jean-Pierre CLÉMENT, «L'apparition de la presse périodique en Amérique espagnole: les cas du *Mercurio Peruano*», pp. 273-286.

³¹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], pp. 290-291.

³² En América Latina, «la necesidad de formas representativas y fundamentos espirituales es tan grande, que proliferan los monumentos, los epítetos, las personalidades prestigiosas, las placas recordatorias, los diplomas, los discursos», según escribe Ciro ALEGRÍA VARONA, «Los estudios clásicos y las necesidades culturales en Latinoamérica», en *Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos* (Lima), n.º 4, 1998, p. 6.

postula firmemente que debe mantenerse la barrera frente a la vertiente anglosajona, por considerarla enemiga de nuestro espíritu y tradición:

Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles.³³

La fe encendida de nuestro autor en la vitalidad, las energías positivas de un continente joven como América Latina, se ve idealmente expuesta en la parte conclusiva de otro libro suyo, *La creación de un continente*. Incitado por los planteamientos racistas de Gustave Le Bon (1841-1931), el arielista peruano declara que las «índoles neutras» de los mestizos, indios y negros retardan los esfuerzos en pro de una transformación y modernización radical; pero confía, en última instancia, que llevará la delantera el influjo movilizador de los inmigrantes de origen europeo, sobre todo de alemanes e italianos septentrionales. Llega a escribir, con pleno entusiasmo, que 70 millones de hombres (y mujeres) se suman desde el Nuevo Mundo a la civilización latina, y destaca la aparición de una nueva urbe millonaria, Buenos Aires, que prolonga e imita desde sus palacios de mármol los modelos de procedencia parisina.³⁴

Desde el punto de vista de la tradición clásica, viable gracias al conducto de Francia, una de las frases más sugestivas y contundentes de Francisco García Calderón es ésta: «Un gran entusiasmo empuja al continente hacia nuevos Dorados donde buscan modernos conquistadores el secreto del arte propio. No les satisfacen el prestigio de Tiro, el poder de Cartago: ambicionan —¿y no los redime este empeño de la mediocridad?— la gloria de Atenas, la supremacía de Francia».³⁵ Esto quiere decir que los pujantes pobladores de América Latina no se satisfacen

³³ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 292.

³⁴ Cf. GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, [4], pp. 203-204 y 208-209.

³⁵ *Ibidem*, p. 210. Si bien se menciona en el intitulado del cap. 6, «Francisco García Calderón: la tradición latina», el problema de los orígenes de la latinidad en América es tratado sólo sumariamente en el libro de Karen SANDERS, *Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica, 1997 (Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, n.º 160), p. 243 y ss.

con algunas notas restallantes pero intermedias en la evolución del mundo occidental; ellos aspiran a lo mejor del Viejo Mundo, buscan remedar los modelos y símbolos más excelsos del clasicismo, irguiéndose así como una de las esperanzas más grandes de la estirpe latina. ¡Notable profesión de fe y aliento de victoria indesmayable!

5. El problema de la raza en el Perú y América Latina

Tal es, pues, la posición que mantiene el joven intelectual arielista formado en la Universidad de San Marcos. Lo que prevalece, en el fondo, es como una barrera imaginaria entre la civilización anglosajona y la herencia románica, una valla infranqueable que Francisco García Calderón construye y defiende antes de la primera Guerra Mundial, apelando a esa larga vertiente de tradición clásica y a los sentimientos de identidad latina que hemos mencionado. Así queda establecida la peculiaridad de muchas de las sociedades y repúblicas del Nuevo Mundo: «Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos culturas. Los americanos del Sur se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del Norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones».³⁶

Cuando hace referencia nuestro autor a la raza, y así lo ha señalado correctamente el historiador peruano Augusto Ruiz Zevallos en una contribución reciente, no está marcando una pauta desde el punto de vista biológico o de pigmentación, sino echando mano de un concepto más amplio —también más etéreo, por cierto—, que tiene que ver con el complejo de elementos de tradición, cultura, lengua, religión, identidad colectiva.³⁷

El racismo, en tanto teoría que pretende justificar la exclusión y la dominación de unos hombres sobre el criterio de la diferenciación biológica, tiene su punto de partida en el tratado del conde Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-55, 4 vols.). Esta obra, y sus secuelas inmediatas, configuraron la doctrina de la superioridad aria, a la cual se vinculó una serie de características físicas y psíquicas: estatura alta, ojos azules, cabello rubio, vigor viril, inteligencia precisa, objetividad imperturbable, perseverancia y voluntad férrea, etc.³⁸ A partir de entonces la idea de raza estará referida a consideraciones físicas objetivas, como se recoge luego con vigorosa fuerza en el darwinismo y el evolucionismo. Darwin y Spencer se influyeron mutuamente en la idea

³⁶ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 287.

³⁷ RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [8], MS.

³⁸ FERNANDO SILVA SANTISTEBAN, *Antropología: conceptos y nociones generales*. Lima: Universidad de Lima & Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 167.

de «supervivencia de los más aptos», que de inmediato daría consistencia al mito de la superioridad de la raza blanca.

A este respecto se considera hoy generalmente que el racismo está basado sólo en consideraciones y prejuicios ideológicos, fundados en las ansias de dominación de unos grupos humanos sobre otros; pero carecen de cualquier base científica las nociones y propósitos de jerarquización a partir de rasgos diferenciales dentro de nuestra misma especie, la del *homo sapiens*.³⁹ De todas formas, las ideas de Gobineau sobre la «desigualdad de las razas humanas» fueron trasladadas al Perú por Sebastián Lorente (1813-1884), un profesor español llamado para dirigir el colegio de Nuestra Señora de Guadalupe en Lima y, además, autor de una historia de la civilización peruana en varios tomos, donde explica la evolución del país sobre la base de criterios raciales. Tanto el discurso como las prácticas racistas se desarrollaban en el siglo XIX, paradójicamente, al mismo tiempo que las pretensiones igualitarias del ideario republicano.

Es obvio que la idea de raza en Francisco García Calderón no repite simplemente las declaraciones que trataban de justificar la explotación de los blancos y mestizos sobre los indígenas; pero no podríamos negar que en ciertos casos su concepción sirve para fines políticamente jerarquizantes, y por ello mismo deviene conservadora del statu quo. Por ejemplo, cuando expone la necesidad de la tutela transitoria de los moradores aborígenes, para evitar que sigan bajo la explotación del cura y del cacique (aunque su fin último sea la forja de aquellos individuos). En la parte conclusiva de su libro *Le Pérou contemporain* expresa el intento de hacer compatibles la conciencia de la raza, el conocimiento de la geografía y el peso de la herencia histórica con las decisiones de los gobernantes y la responsabilidad de las elites.⁴⁰ El tema de la raza es crucial, aunque ha dado lugar a que algunos califiquen de racista a García Calderón.

No hay que olvidar que en los tiempos de este personaje las clases altas de Lima y otras ciudades «hispanizadas» del Perú se referían a los

³⁹ *Ibidem*, p. 158: «... una clasificación de las razas debe tener en cuenta caracteres morfológicos, bioquímicos, fisiológicos e, incluso, patológicos. De esta manera la noción de raza queda circunscrita sólo al orden biológico y se separa claramente de los conceptos de *cultura, sociedad, pueblo, nación, lengua, etnia* e incluso de *población*, cuya naturaleza y configuración no son de orden genético ni biológico».

⁴⁰ GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*, [1], p. 303 y ss. No era nada positiva la opinión del joven Mario VARGAS LLOSA sobre las tesis sociológicas difundidas por nuestro autor en esa obra tan comentada, pues llega a escribir que es «un libro en el que se encuentran algunos peligrosos gérmenes de prejuicio racial y algunas desdichadas proposiciones sobre el servilismo de los indios, y que no muestra mucha preocupación por una auténtica revalorización de lo indígena». Véase «Francisco García Calderón: teoría de los dos Perús», en *Cultura Peruana* (Lima), vol. XVI, n.º 98, agosto de 1956, p. 66.

indios, negros y mestizos como razas inferiores. Y son aquellas clases a las cuales él, en tanto que par de pleno derecho, se dirige; por eso, cuando en algún momento habla de raza inferior —los indios— aclara de inmediato que su inferioridad se debe a los efectos de la conquista española y al servilismo a que están sometidos. En otra ocasión (como ya hemos dicho) habla del factor negativo de indios y mestizos para conseguir la ansiada modernización de los países latinoamericanos, pero haciendo alusión a las costumbres, más que a la constitución biológica.

Ello queda más claro cuando en *Les démocraties latines de l'Amérique* señala que «la idea de raza, es decir, tradiciones y cultura, domina en la política moderna».⁴¹ En tal sentido habla de raza indígena y mestiza, de raza latina y anglosajona, de raza teutona y eslava, etc. Otra vez, en su ensayo sobre la conflagración mundial de 1914-1918, dirá que «no existe raza superior definitivamente consagrada por un Dios propicio». Teniendo en cuenta estas ideas, antes que racismo, en García Calderón es más propio hablar de *racialismo*.⁴²

6. La vida en París: cenáculo del americanismo

Las razones del viaje a París, en 1906, de Francisco García Calderón y sus tres hermanos varones (Ventura, José y Juan) no quedan del todo transparentes: al profundo dolor que les causó la muerte de su padre debió sumarse la voluntad de emigrar y buscar un futuro más desahogado. Fue una decisión sin duda difícil, pero que creyeron imprescindible tomar. En consecuencia, a nuestro autor le tocó experimentar en carne propia el destierro y la angustia de insertarse en una comunidad que no era la suya. Al comienzo le resultaría complejo integrarse a la sociedad parisina, pero después se convirtió en un verdadero referente de la cultura francesa y europea gracias a sus dotes intelectivas.

Es un hecho que él pronto dejó de ser discípulo para convertirse en un intelectual con la suficiente madurez y autonomía como para reconocer aun los límites de la propuesta «arielista» de su maestro Rodó.⁴³

⁴¹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 389.

⁴² Cf. RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [8], MS. La cita última proviene de GARCÍA CALDERÓN, *El dilema de la Gran Guerra*. París: Ediciones Literarias, 1919, p. 271.

⁴³ Gabriela MISTRAL afirmó que García Calderón era el «heredero efectivo y quizá único del uruguayo», en el prólogo al libro de Benjamín Carrión, *Los creadores de la Nueva América*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929. Por su parte, Federico GARCÍA GODOY tampoco escatimaba elogios hacia el peruano: «Pertenece [García Calderón] de pleno derecho al contadísimo número de jóvenes intelectuales de América dotados de

García Calderón miraba con cierto pesimismo la fe del autor de *Ariel* en fundar una democracia auténtica en un medio donde imperaban la informalidad y el caciquismo de los terratenientes, dominadores feudales sobre una multitud principalmente indígena. Una de las diferencias esenciales de nuestro pensador con Rodó fue su énfasis en la modernización económica y social.

En breve tiempo, pues, Francisco adquirió vuelo propio y se convirtió en autor de lectura imprescindible, especialmente por sus obras de visión panorámica sobre América Latina. Su gran influencia se hizo patente cuando su libro *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912) fue rápidamente traducido al inglés y al alemán; aunque sabemos que tardó más de sesenta años en aparecer por primera vez en versión castellana (1979).⁴⁴ El reconocimiento a la obra de García Calderón llegó a su cumbre cuando fue propuesto como candidato al Premio Nobel por la comunidad intelectual francesa. Ese mismo prestigio alcanzó otra expresión importante cuando fundó en París, en 1912, la *Revista de América*, tribuna privilegiada en la que colaboraron los más prestigiosos escritores latinoamericanos —y algunos franceses— de aquel momento. Uno de estos colaboradores fue Hugo David Barbagelata, discípulo y compatriota de Rodó, a quien el maestro felicitaba en una carta por haberse integrado al comité directivo de tan auspiciosa publicación.⁴⁵

El último número de la *Revista de América*, trasunto y epílogo de una fase de románticas ilusiones, coincide con el estallido de la Gran Guerra (1914-1918), y éste es un hecho relevante porque la conflagración representó el final de un período de optimismo en los medios cultos latinoamericanos por la labor civilizadora de las naciones europeas. La desazón terminó por apoderarse de aquellos espíritus selectos cuando en 1917 (el mismo año de la muerte de Rodó) los bolcheviques tomaron el Kremlin y despojaron a los zares del poder. No sólo terminaba una época, también se derrumbaban los modelos explicativos o paradigmas has-

la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea» (*Americanismo literario*. Madrid: Editorial América, 1917, p. 155). Por su parte, Gonzalo PARIS concluye su estudio preliminar a uno de los libros de nuestro autor diciendo que «en Francisco García Calderón descubrimos ya al preclaro maestro de las jóvenes generaciones americanas» (*Ideas e impresiones*. Madrid: Editorial América, 1919, p. 39).

⁴⁴ Cf. ANDÚJAR, «Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero», [14], p. 27.

⁴⁵ Rodó le dice a Barbagelata, escribiendo desde Montevideo el 14 de enero de 1914: «Me agradó muchísimo que usted entrase a participar en la dirección de la *Revista de América*. De García Calderón no tengo noticias hace tiempo, pero la culpa es exclusivamente mía, que le debo carta no sé desde cuando...». Véase RODÓ, *Epistolario*; con notas preliminares de Hugo D. Barbagelata. Le Perroux: Impr. Vertongen, s.f.

ta entonces vigentes. Por ello afirma con razón Rodríguez Monegal que el «elegante utopismo» de estos dos pensadores —Rodó y García Calderón— fue «arrasado por las crudas realidades de la época actual», aunque reconoce los afanes del peruano por adecuarse posteriormente a los cambios políticos.⁴⁶

Veamos ahora algunos rasgos de la posición estelar que nuestro personaje ocupaba por esos años en París. Está claro que Francisco García Calderón y sus hermanos adoptaron la Ciudad Luz como su morada intelectual porque, a principios del siglo XX, ella era considerada la meca de las artes, el lugar donde se concentraba lo mejor de la cultura universal. Allá iban muchos intelectuales de América Latina en busca de fama y prestigio, formando parte de aquéllos a los que Alberto Blest Gana (1830-1920), el novelista chileno, había denominado en su obra epónima «los trasplantados». Desde México, en una carta escrita el 16 de enero de 1908, comentaba el dominicano Pedro Henríquez Ureña a su joven discípulo y amigo Alfonso Reyes: «La nueva generación intelectual del Perú [...] es la única que hasta ahora se ha hecho conocer...». Y con ello aludía precisamente a los hermanos García Calderón.⁴⁷

Francisco se hizo uno de los mentores iniciales de Alfonso Reyes (1889-1959) al promover la publicación de su libro *Cuestiones estéticas*, que salió en París bajo el sello editorial de Paul Ollendorf en 1911. Aunque la obra llevaba un prólogo de García Calderón, se dice que el joven escritor mexicano no quedó del todo contento con esa aparición.⁴⁸ Pese a su generosidad para proyectar a nuevos talentos literarios y académicos, parece que el arielista peruano era en el trato cara a cara más bien hosco, quizá debido a su carácter introspectivo, producto de las experiencias ingratas que habían marcado su vida desde la más tierna infancia y que tuvieron efectos en su frágil psicología. Da la impresión de que García Calderón prefería relacionarse con el mundo y las personas por medio de las cartas, los ensayos, los libros, salvo con su más íntimo grupo de amigos.

⁴⁶ RODRÍGUEZ MONEGAL, «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», [11], p. 166.

⁴⁷ Cf. José Luis MARTÍNEZ (editor), *Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1986.

⁴⁸ Sin embargo, una vez editado el libro de Reyes, Ventura García Calderón envió un ejemplar a Émile Boutroux, quien lo leyó y quedó impresionado. Desde París, Boutroux le remitió una elogiosa carta a Reyes el 31 de octubre de 1911, diciendo: «Estoy muy agradecido a mi amigo García Calderón por haberme proporcionado el gran placer de darme noticia de usted. Es notable hasta qué punto, todavía tan joven, usted ha leído y pensado y sus reflexiones se han forjado en el puro molde clásico. Le suplico que reciba, junto con mi más explícito agradecimiento, mi más cordial simpatía».

En carta escrita en París el 14 de julio de 1914, Alfonso Reyes describe a Francisco ideológica y socialmente como un conservador: lleva a su mujer —una peruana, Rosa Amalia Lores— todos los domingos a misa, sus crónicas políticas en *Le Figaro* y la *Revista de América* han adquirido un carácter «reaccionario», frecuenta o pertenece a grupos de extrema derecha, vinculados al periódico *L'Action Française*.⁴⁹ De todas formas, los hermanos García Calderón siempre estuvieron atentos a las tribulaciones de Reyes, quien veía peligrar su empleo en la legación mexicana de París cuando Venustiano Carranza amenazaba con tomar el poder. Ellos hablaron con el editor Garnier para que lo empleara en caso de que el diplomático Reyes quedara sin trabajo. Con el estallido de la Gran Guerra, éste tuvo que regresar a su país; pero regresó a fines de 1924 y pudo reencontrarse con sus antiguos compañeros de andanzas y aficiones literarias. A pesar de haberse tratado de una relación difícil, y luego de los severos juicios iniciales, Reyes se reconcilió con Francisco García Calderón, prolongando por el resto de sus vidas lazos de amistad, inteligencia y cultura.

En las numerosas cartas que escribió a Riva Agüero, se capta instantáneamente la conciencia de emigrado por parte de García Calderón. A él le angustiaba estar lejos de la patria y su deseo por volver se hacía permanente, pero al mismo tiempo era consciente de que el hallarse en otras tierras alimentaba su objetividad para mirar los problemas peruanos y escribir de manera «desapasionada» sobre este país y toda América Latina. Más allá de su nostalgia, García Calderón consideraba provechoso estar al margen de las «muchas pequeñeces» que enrarecían el ambiente limeño y definían su carácter maledicente.⁵⁰ Éste es uno de los motivos que lo llevaron a permanecer fuera del país, y se resume en otro mucho más importante: la defensa de su libertad como intelectual.

7. García Calderón, analista de la política internacional

Lo que siguió a la primera Guerra Mundial fueron años difíciles para Francisco García Calderón, tanto en lo personal como en el terreno ideológico. Se opuso, como la mayoría de los aristócratas peruanos de la generación novecentista, al régimen autoritario de Augusto B. Leguía

⁴⁹ Cf. Luis LOAYZA, «Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón. París, 1913/1914», en *Saludo del Perú para Alfonso Reyes*. Lima: Embajada de México en el Perú, 1989.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, la carta fechada en París, 19 de noviembre de 1907; publicada en RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, [15], pp. 634-636.

—con su propuesta de imponer la modernización y las reformas sociales «desde arriba»— y quedó apartado del servicio diplomático desde 1921. En Europa, como sabemos, esos mismos años fueron de hundimiento y caída de las instituciones y de los valores del modelo liberal. Atrás había quedado el respeto al sistema constitucional (Estado de Derecho) con gobiernos y parlamentos libremente elegidos y un conjunto de derechos y franquicias ciudadanas, como la libertad de expresión, de opinión y de reunión. Tal sistema era recusado por el movimiento comunista, que había obtenido un alentador triunfo en Rusia, por el movimiento socialista obrero de los países occidentales y por ciertos grupos de ultraderecha, en particular los fascistas de Italia y los nazis de Alemania, que recogían un sedimento belicista en amplios sectores de la población.⁵¹

En la década de 1920, mientras otros intelectuales predicaban la insuficiencia de la razón y la superioridad del instinto y de la voluntad, García Calderón analiza inteligentemente todos esos fenómenos y atisba lo que va a ocurrir después. Por ello, al tratar el caso inglés, se manifiesta en favor del socialismo liberal de James Ramsay Macdonald (primer ministro elegido en 1924 y 1929): «Mr. Ramsay tiene fe en la democracia. Saludemos el radiante porvenir, sin destruir las formas esenciales de la vida presente. El socialismo de inspiración sajona completará las reformas de la edad democrática».⁵² Cuando un grupo de intelectuales italianos pretende enrumbar la solución de la crisis de Occidente hacia el fascismo, García Calderón escribe un artículo en el que expresa su sólida postura liberal. Dice al respecto:

No podemos simplificar el curso de los sucesos históricos, olvidar que sin el individualismo, sin la duda metódica, sin la libre discusión, sin la aventura humana, no habría progreso material, intelectual o moral; gobernaría a los hombres una autoridad segura de sí hasta el vértigo, y el despotismo se opondría a toda reforma y una beata e injusta satisfacción enervaría a las sociedades... Nos inquieta el fascismo porque olvida o desdeña un aspecto esencial en el desarrollo de las sociedades y considera que todo anhelo de libertad manifiesta desunión y anarquía.⁵³

Es evidente que García Calderón, sin dejar su imagen de arielista y vindicador de la herencia latinoamericana, se movía ya por entonces dentro de un marco conceptual más amplio. Y es que al diplomático y pensa-

⁵¹ Cf. BASADRE, «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», [17], pp. xxv-xxx, y RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [8], MS.

⁵² GARCÍA CALDERÓN, *Europa inquieta*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1926, pp. 185-186.

⁵³ *Ibidem*, p. 156.

dor peruano le tocó vivir en el mero centro del gran drama mundial que Eric Hobsbawm ha llamado «la era de las catástrofes», una época que se cierra en 1945, con la derrota militar de los fascismos.⁵⁴ A esta época convulsa pertenecen sus libros *El dilema de la Gran Guerra* (1919), *Europa inquieta* (1926), *El espíritu de la nueva Alemania* (1928) y *La herencia de Lenin y otros artículos* (1929), además de interesantes opúsculos sobre el wilsonismo, la Sociedad de las Naciones y otros temas, que reflejan una toma de posición frente a los más impactantes sucesos del momento.

El hecho de vivir en París ejercía una atracción muy fuerte en García Calderón, pues le permitía viajar a diversos países europeos, participar en conferencias y conocer a intelectuales que él admiraba. Morar en la Ciudad Luz significaba estar en el ojo del huracán ideológico de su tiempo; también hay que considerar, empero, que al estar alejado de la diplomacia debió ganarse la vida como comentarista político y activo colaborador de periódicos, tareas en las cuales propugnaba la unidad europea. Según algunos testimonios, incluidos los de su propio hermano Ventura (1886-1959), esa colaboración en medios de prensa de uno y otro lado del Atlántico le servía para procurarse ingresos que permitieran mantener su hogar. Esto desecha cierta falsa imagen de unos hermanos García Calderón viviendo en la opulencia, como plutócratas que se dedicaban a las tareas del pensamiento sólo como distracción.

Por otro lado, es posible que Francisco y Ventura evaluaran que en la Ciudad Luz era más fácil cimentar su prestigio intelectual que desde una Lima provinciana y envenenada por los chismes y las envidias. Ya se habían insertado ambos en la sociedad parisiense y adoptado el francés como su segunda lengua: en palabras de Tzvetan Todorov, dejaron de ser extranjeros para convertirse en *insiders*.⁵⁵ Pero no sucedió, como algunos críticos han sostenido, que nuestro personaje se «afrancesó», indicando con ello que olvidó o recusó su origen peruano. Hemos de considerar que a partir de 1930, después de la caída de Leguía, volvió a asumir funciones oficiales en las legaciones diplomáticas de París, Ginebra y Lisboa.⁵⁶

⁵⁴ Eric J. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Trad. de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells. Barcelona: Crítica, 1995 (Serie Mayor), p. 29 y ss.

⁵⁵ Cf. Tzvetan TODOROV, *El hombre desplazado*. Trad. de Juana Salabert. Madrid: Taurus, 1998 (Col. Pensamiento).

⁵⁶ Puedo remitir aquí a un breve ensayo, basado en documentación original del Archivo de la Liga de las Naciones, de Ginebra, donde he tratado sobre la participación del Perú en este organismo internacional: HAMPE MARTÍNEZ, «El Perú en la Liga de las Naciones (1919-1946)», en *Umbral; revista del conocimiento y la ignorancia* (Lima), n.º 10, 1998, pp. 115-119.

Puede decirse más bien que vivió íntimamente lo que atraviesan muchos emigrados o desplazados, que es experimentar la doble pertenencia. Y por ello se hace claro que, entrado en la madurez, Francisco García Calderón volcara sus reflexiones hacia la realidad europea y la política internacional de primer orden. Luego de estar tantos años fuera del entorno limeño de su infancia se produciría un distanciamiento espiritual y mental; en consecuencia, dirige sus esfuerzos a analizar y entender lo que tiene más cerca y conoce mejor. Después de todo, no se puede soslayar que la mayor parte de su vida García Calderón la pasó en Europa.⁵⁷

8. A guisa de conclusión: liberalismo y conciencia de elite

En la segunda mitad del siglo XIX, Sarmiento, Lastarria y Alberdi coincidían en ver a la América anglosajona como un modelo del éxito, que deseaban imitar a toda costa. Con la iniciación del novecientos, el pensamiento hispanoamericano pasaba de una etapa de imitación a un período de búsqueda de la propia identidad y desarrollo creador. *Ariel*, el encendido manifiesto de Rodó (1900), ofrecía una eventual alternativa a la pauta de progreso material del mundo anglosajón, destacando el papel de las ideas y las posibilidades de la raza hispánica en la perspectiva de un engrandecimiento continental. El opúsculo del gran escritor uruguayo enseñaba, en palabras de García Calderón, «a una juventud atormentada, atenta a las sollicitaciones de la política, a la anarquía, a la violencia, al culto de la vida interior, la fe en la multitud, en la democracia, en la función de la *élite* futura que surgirá libremente en las democracias».⁵⁸

Pero el arielismo, como conjunto espiritual de amplias dimensiones, existía también al margen de lo que literalmente había dicho aquel fogoso manifiesto. En las propuestas de muchos intelectuales, más allá de la dirección final que tomaran, la idea de la elite pensante en el sentido «rodoniano» estaba presente. Era un sentimiento compartido por Rubén Darío (nicaragüense), José Vasconcelos (mexicano), Pedro Manuel Arcaya (venezolano), Carlos Arturo Torres y Guillermo Valencia (colombianos) y otros más que ya hemos mencionado; cultores de la hermandad continental, la mayoría de ellos reconocían el liderato intelectual de José Enrique Rodó. Muerto este último, Francisco García Calderón pasó a ser el

⁵⁷ Tomamos buena parte de estas reflexiones del notable ensayo de GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [10], MS.

⁵⁸ GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, [4], p. 113.

indiscutido «capitán general» de los pensadores del Nuevo Mundo hispánico, según lo afirma Luis Alberto Sánchez.⁵⁹

La primera Guerra Mundial originó un cambio en la posición de nuestro autor frente a los Estados Unidos, al aceptar las virtualidades de una «civilización atlántica», tal como se hace patente en sus ensayos sobre *El panamericanismo*, de 1916, y *El wilsonismo*, de 1920. García Calderón quedó impresionado con la participación activa de las tropas norteamericanas en aquella gran contienda y con la propagación de los «catorce puntos» del presidente Woodrow Wilson (1856-1924), que dieron al traste con las amenazantes pretensiones de Berlín y Tokio. Desde entonces pasaría a ser un fiel defensor de la tendencia panamericanista, en apoyo de la integración global del hemisferio occidental.⁶⁰

El desarrollo de los acontecimientos internacionales durante el período de entreguerra produjo distintos resultados en los grandes pensadores peruanos: en José Carlos Mariátegui dio paso al marxismo; en Víctor Raúl Haya de la Torre, al socialismo democrático; en Víctor Andrés Belaúnde, al socialcristianismo; en José de la Riva Agüero, la adhesión espiritual al fascismo. En el caso de Francisco García Calderón se dio el afianzamiento de su convicción liberal. Todavía en los años posteriores de su vida hablaba —como en su discurso de 1947 en homenaje a Riva Agüero— de la redención del indio, del robustecimiento de la pequeña propiedad y de la independencia económica del país.⁶¹ Esto es bueno subrayarlo, pues se ha pretendido que nuestro autor abandonó en la madurez sus motivaciones juveniles para convertirse en un custodio del pasado.

Hoy, más que nunca, ha dicho recientemente Osmar Gonzales, leer aquellos clásicos arielistas puede ayudar a encontrar la inspiración y el motivo para recuperar la vocación por las investigaciones de fondo, por participar en el debate contemporáneo desde nuestra específica ubicación nacional y con un utillaje conceptual actualizado y críticamente adaptado. En este sentido, la obra de García Calderón, su lectura y su

⁵⁹ Luis Alberto SÁNCHEZ, «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*, [1], p. xviii.

⁶⁰ Cf. BASADRE, «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», [17], pp. XXI-XXII, y SÁNCHEZ, «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*, [1], p. xix.

⁶¹ GARCÍA CALDERÓN, «José de la Riva Agüero: recuerdos», discurso pronunciado el 22 de diciembre de 1947; reproducido en *Las democracias latinas de América*, [23], pp. 499-518. Al insistir en el papel decisivo de las elites, decía nuestro autor: «Nuestras clases dirigentes tienen deberes precisos: la redención del indio, la protección a la clase media, el robustecimiento de la pequeña propiedad, la industrialización, que es basamento de independencia económica...» (p. 511). Véase también LLOSA, «Francisco García Calderón», [3], pp. 63-66 y 95-96.

apropiación crítica serán, con toda seguridad, unos de los baluartes para reencontrar el camino extraviado de nuestra *intelligentsia*.⁶² Al realizar este ejercicio deberemos tener en cuenta las peculiares circunstancias históricas en que se originaron el discurso y las propuestas de «mediación dinámica» que contienen *Le Pérou contemporain* y las demás piezas que hemos, al menos someramente, examinado. La desazón producida por una grave derrota militar, las lecciones de Renan y la confianza en las virtudes del quehacer académico empujaron a Francisco García Calderón a soñar con unas elites que tuvieran óptima preparación y que fueran capaces de dirigir responsablemente una democracia representativa, liberal: todavía está vigente este sueño en muchos países de América Latina, a pesar del largo tiempo transcurrido.

Agradecimientos

Presentamos a continuación una antología de textos, en 18 capítulos o fragmentos, como una aproximación al pensamiento de Francisco García Calderón. Desde el punto de vista cronológico, los textos seleccionados cubren el margen más amplio posible: van desde 1904, cuando García Calderón era estudiante en la Universidad de San Marcos de Lima, hasta 1949, cuando había regresado al Perú luego de su prolongada estadía en Europa. Entremedias se halla (para fruición de los lectores) casi medio siglo, cubierto por los ensayos y libros del autor sobre temas de sociología peruana, tradición latina, integración latinoamericana, política contemporánea, cultura, religión, etc.

Al dar a publicidad este volumen, quisiera expresar mi gratitud a las personas e instituciones que, desde la Lima hirviente del siglo XXI, me ayudaron a exhumar y poner en valor el ideario de García Calderón. Por mi participación en el coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano* (julio de 2001), recibí el entusiasta apoyo de las entidades organizadoras: la Dirección de Trabajo en Cultura del Congreso de la República y el Consorcio de Universidades Privadas del Perú. Consulté la mayor parte de las obras de este intelectual en la biblioteca del Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Y debo un reconocimiento especial a la profesora Luisa Talledo Medrano, quien con paciencia y generosidad infinitas me ayudó en la recopilación de los materiales y en la revisión de los textos.

⁶² GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [10], MS.

Cronología de Francisco García Calderón

- 1883** El primogénito de Francisco García Calderón y Carmen Rey Basadre, que lleva el mismo nombre de su padre, nace el 8 de abril en Valparaíso, donde se encontraba internado quien fuera el presidente de la República del Perú, aprisionado y trasladado a Chile por los vencedores de la guerra del Pacífico. A fines de junio es transportado junto con sus padres a Rancagua, donde vivirá nueve meses.
- 1884** Se permite a la familia pasar en marzo a Valparaíso, visto el avanzado estado de gravidez de doña Carmen. Francisco García Calderón es autorizado a salir de Chile con su familia, obligándosele a viajar a Europa y no al Perú. El 27 de mayo aborda el barco inglés *Britannia*, con rumbo a Buenos Aires.
- 1886** Nace, en París, su hermano menor Ventura, quien ha de ser compañero permanente de Francisco en la vida intelectual. La familia retorna al Perú, pasando por España. Don Francisco es elegido, en ausencia, rector de la Universidad de San Marcos y senador por Arequipa. Llegado a Lima, el 21 de julio, se le ofrece la presidencia del Senado; representará aquí a Arequipa hasta 1893.
- 1887** Don Francisco instala en Lima la Academia Peruana de la Lengua, autorizada por la Real Academia Española, y es designado director de ella.
- 1893** El niño Francisco se matricula como alumno en el recién fundado Colegio de la Recoleta, dirigido por sacerdotes franceses de los Sagrados Corazones. Aquí iniciará su amistad con José de la Riva Agüero, dos años menor que él.
- 1901** Ingresa a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, de la cual es rector su padre. Junto con su hermano Ventura y el fraternal Riva Agüero, conforma un pequeño grupo. Considerable influencia sobre su formación filosófica ejerce Alejandro O. Deustua, «un gran maestro, por el impulso y la ciencia, por el esfuerzo de dirección y la adhesión a la nueva juventud».

- 1904** Se incorpora al diario *La Prensa* de Lima como colaborador permanente, escribiendo sobre temas de filosofía y política, con especial atención por las novedades europeas.
- 1905** Para festejar la llegada de Menéndez Pidal a Lima, ante la ciudad congregada en el Palacio de la Exposición, pronuncia Francisco un famoso discurso de bienvenida: *Menéndez Pidal y la cultura española*. Viaja a Santiago de Chile, pero al morir su padre (21 de septiembre) regresa al día siguiente para asistir a las solemnes exequias. Francisco, que ha cumplido 22 años, vive un período de intensa depresión anímica.
- 1906** La familia García Calderón resuelve trasladarse a Francia, país que será residencia permanente de Francisco durante cerca de cuarenta años. Llega a París el 26 de abril, portando el nombramiento de canciller de la legación peruana. Viene en compañía de sus hermanos Ventura, José (arquitecto) y Juan (médico), todos en busca de mejor porvenir.
- 1907** Intensa participación en la vida intelectual francesa: asiste a cursos de Henri Bergson sobre Spencer y a reuniones en casa de Émile Boutroux.
- 1908** Por su libro *Le Pérou contemporain*, publicado el año precedente, obtiene el premio Fabien discernido por la Academia Francesa. En Londres, con el cargo de segundo secretario de la legación peruana, hace amistad con Ramiro de Maeztu y conoce al barón von Hügel, uno de los «corifeos del modernismo católico». En Berlín concurre a la conferencia internacional sobre protección de la propiedad intelectual y en Heidelberg (septiembre) participa en el Congreso de Filosofía al que concurren Croce, Boutroux, Royce, Windelband, entre otros. Con el fin de contraer matrimonio, viaja en diciembre a Lima.
- 1909** Se casa con la dama peruana Rosa Amalia Lores y retorna a Europa por la vía de Nueva York. Aprecia el clima intelectual de esta metrópoli y registra la vigorosa presencia hispánica en los Estados Unidos. Obtiene el puesto de segundo secretario de la legación peruana en París.
- 1910** Desde la capital francesa realiza una persistente colaboración intelectual para periódicos de América Latina, como *El Comercio* de Lima, *El Fígaro* de La Habana y *La Nación* de Buenos Aires.
- 1912** Aparece, con prólogo del primer ministro francés Raymond Poincaré, su libro *Lés démocraties latines de l'Amérique*, dentro de la colección de «filosofía científica» dirigida por Gustave Le Bon. El éxito del volumen conlleva su casi inmediata traducción al inglés y al alemán. En junio se edita, bajo su dirección, el primer número de la *Revista de América*, con la aspiración de «reunir, en una publicación libre, abierta a todas las direcciones del espíritu moderno, curiosa, flexible, de rica información, a los mejores escritores del Nuevo Mundo latino».
- 1914** En vísperas de la Guerra Mundial, es ascendido a primer secretario de la representación peruana en París. Francisco reparte su tiempo entre las

tareas diplomáticas y los ensayos que, en este período, se consagran a los problemas políticos de América Latina en relación con los Estados Unidos.

- 1916** El 5 de mayo, en el campo de Verdún, muere su hermano José García Calderón, alistado en las filas de la Legión Extranjera.
- 1917** Es incorporado a la Academia Peruana de la Lengua.
- 1918** Ministro plenipotenciario del Perú en París, por nombramiento del 12 de marzo. Es designado oficial de la Legión de Honor de Francia.
- 1919** Es acreditado como ministro plenipotenciario del Perú, además, en Bruselas. Representante del Perú ante la Comisión de Paz de Versalles y miembro de la delegación encargada de reunir toda la documentación sobre Tacna y Arica en Europa. El gobierno de Venezuela le otorga la condecoración del Busto del Libertador.
- 1920** Actúa en la Liga de las Naciones (Ginebra) como representante del Perú.
- 1921** En abierta oposición al régimen de «Patria Nueva» del presidente Augusto B. Leguía, renuncia a su cargo de ministro plenipotenciario del Perú (11 de marzo). De aquí en adelante se dedica intensamente al trabajo intelectual como comentarista político y colaborador de periódicos, propugnando la unidad europea y la integración de Alemania en el conjunto de las naciones del continente.
- 1928** Aparece, dentro de la colección de «escritores americanos» (dirigida por Ventura García Calderón), su libro *El espíritu de la nueva Alemania*, donde examina el pensamiento de escritores e ideólogos —Rudolf Eucken, Walther Rathenau, Oswald Spengler, Heinrich Mann, Rudolf Steiner— a la luz de la situación internacional, propiciando un entendimiento europeo ante la aparición del bolcheviquismo.
- 1930** Tras la caída del gobierno de Leguía, es designado ministro plenipotenciario del Perú en Francia (10 de septiembre). Continúa su colaboración con periódicos latinoamericanos, analizando las cuestiones políticas del momento: los ingleses en la India, el milagro norteamericano, europeísmo y germanismo, las ideas de Foch, etc.
- 1931** Es designado delegado peruano a la XV Conferencia Internacional del Trabajo, que se reúne en Ginebra.
- 1933** Es designado representante del Perú en la asamblea de la Liga de las Naciones, en Ginebra. A partir de esta fecha, aquejado de frecuentes depresiones, disminuye notoriamente su producción intelectual y deja de atender sus columnas en periódicos latinoamericanos.
- 1937** En representación de la Universidad de San Marcos, participa en el Congreso Jurídico Internacional que se reúne en París.
- 1938** Como representante del Perú, es llamado a presidir la 103ª sesión del Consejo de la Liga de las Naciones. Con tal motivo pronuncia un discurso titulado *L'avenir de la Société des Nations* (16 de septiembre).

- 1940** En pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, y constituido el gobierno colaboracionista de Vichy, es acreditado como ministro plenipotenciario del Perú ante éste.
- 1942** Junto con otros diplomáticos latinoamericanos, al producirse la ruptura con Alemania, es detenido por las autoridades nazis en un campo de reclusión de Bad Godesberg, cerca de Bonn. Carente de asistencia médica, su estado de salud se agrava.
- 1943** Es nombrado ministro plenipotenciario del Perú en Lisboa.
- 1945** Se retira oficialmente de la actividad diplomática.
- 1947** Enfermo, regresa definitivamente a Lima el 29 de agosto, junto con su esposa, cerrando cuarenta años de vida europea.
- 1948** Es internado en el hospital de salud mental «Víctor Larco Herrera», de Magdalena del Mar (Lima).
- 1951** Vista la precariedad de su situación económica, el Congreso de la República dispone un aumento en su pensión de diplomático, por resolución legislativa 11.613.
- 1953** Muere en Lima el 1 de julio, a los 70 años de edad. En su sepelio, realizado en el cementerio general Presbítero Maestro, toman la palabra Víctor Andrés Belaúnde, Leoncio de Mora y Luis Humberto Delgado, ante un reducido grupo de familiares y amigos.
- 1954** Su esposa Rosa Amalia Lores, con la ayuda de personajes influyentes, logra la publicación de un libro póstumo con ensayos de Francisco García Calderón: *En torno al Perú y América*. El volumen, que lleva un prólogo de Jorge Basadre, sale gracias a la colaboración de Carmen Ortiz de Zevallos, Augusto Salazar Bondy y Pedro Ugarteche. En él se hace una antología de sus diversas obras y se traduce por primera vez al español *Les démocraties latines de l'Amérique*, fragmentariamente.

Bibliografía sobre Francisco García Calderón

1. Libros y recopilaciones

- *De litteris (crítica)* / prólogo de José Enrique Rodó. Lima, Librería e Imprenta Gil, 1904. viii, 134 p.
- *Hombres e ideas de nuestro tiempo* / prólogo de Émile Boutroux. Valencia, F. Sempere & Co., 1907. 227 p.
Compilación de artículos publicados en diarios y revistas limeños, de 1904 a 1907.
- *Le Pérou contemporain (étude sociale)* / préface de Gabriel Séailles. París, Dujarric & Co., 1907. vi, 337 p.
- *Profesores de idealismo*. París, P. Ollendorff, 1909. 306 p.
- *Les démocraties latines de l'Amérique* / préface de Raymond Poincaré. París, E. Flammarion, 1912. 383 p. (Bibliothèque de philosophie scientifique).
- *Latin America: its rise and progress* / trad. de Bernard Miall. London, T. F. Unwin, 1913. 406 p., 29 láms. (The South American series; 9).
Versión inglesa de *Les démocraties latines de l'Amérique*.
- *Die lateinischen Demokratien Amerikas* / trad. de Max Pfau. Leipzig, K. F. Koehler, 1913. xvi, 306 p.
Versión alemana de *Les démocraties latines de l'Amérique*.
- *La creación de un continente*. París, P. Ollendorff, 1913. xiv, 264 p.
- *Ideologías*. París, Garnier Hnos., 1917. 487 p.
Reúne artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires, *El Fígaro* de La Habana y la *Revista de América* de París.
- *Ideas e impresiones* / con un estudio sobre Francisco García Calderón por Gonzalo Paris. Madrid, Editorial América, 1919. 256 p. (Biblioteca de ciencias políticas y sociales ; 27).
- *Le dilemme de la guerre*. París, B. Grasset, 1919. 307 p.
- *El dilema de la Gran Guerra*. París, Ediciones Literarias, 1919. 291 p.
Versión castellana de *Le dilemme de la guerre*.

- *Europa inquieta*. Madrid, Editorial Mundo Latino, 1926. 295 p.
Recopilación de artículos sobre la política occidental de la época.
- *El espíritu de la nueva Alemania*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1928. 238 p. (Colección de escritores americanos).
- *La herencia de Lenin y otros artículos*. París, Garnier Hnos., 1929. 303 p.
- *Testimonios y comentarios*. Bruxelles, Imprimerie Sobeli, 1938. 149 p.
Compilación de artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires y *El Comercio* de Lima, de 1927 a 1933.
- *En torno al Perú y América (páginas escogidas)* / con un ensayo preliminar por Jorge Basadre. Lima, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, 1954. XLV, 338 p.
- *Las democracias latinas de América* / trad. de Ana María Julliand ; prólogo de Luis Alberto Sánchez ; cronología de Ángel Rama y Marlene Polo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979. XXI, 468 p. (Biblioteca Ayacucho ; 44). Versión castellana de *Les démocraties latines de l'Amérique*.
Incluye: *La creación de un continente*.
- *El Perú contemporáneo* / trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto ; prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima, Banco Internacional del Perú, 1981. XXXVII, 383 p. (Reflexiones sobre el Perú).
Versión castellana de *Le Pérou contemporain*.
- *Obras escogidas* / prólogo de Francisco Tudela; prólogo a la primera edición en castellano de Luis Alberto Sánchez. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001. 3 vols.
Incluye:
Vol. I. *El Perú contemporáneo* / trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. 430 p.
Vol. II. *La creación de un continente*. 211 p.
Vol. III. *Las democracias latinas de América* / trad. de Ana María Julliand. 518 p.

2. Folletos y ensayos selectos

- *Menéndez Pidal y la cultura española*. 2.^a ed. Santiago de Chile, Impr. Cervantes, 1905. 26 p.
Se publicó originalmente en el folleto *Velada literaria en honor del comisario especial ... Excmo. Sr. Ramón Menéndez Pidal* (celebrada en el Palacio de la Exposición el 18 de marzo de 1905). Lima, Ateneo de Lima, 1905, pp. 5-21.
- *Les conditions sociologiques de l'Amérique latine*. París, V. Giard & E. Brière, 1908. 15 p.
- *Les courants philosophiques dans l'Amérique latine*. Coulommiers, Paul Brodard, 1908. 8 p.
Memoria presentada al congreso de filosofía de Heidelberg, 1908.
- «El panamericanismo: su pasado y su porvenir». Extrait de la *Revue Hispanique*, Nueva York & París, vol. XXXVII, 1916. 60 p.

- *Le Pérou et les «Semaines de l'Amérique latine»*. París, 1919. 44 p.
Escrito en colaboración con Carlos Rey de Castro y Eulogio del Solar.
- *El wilsonismo / con una semblanza del autor por Gonzalo Zaldumbide*. París, Agencia General de Librería, 1920. 68 p. (Biblioteca latino-americana).
- *Ensayos selectos*. Lima, Imprenta y Litografía T. Scheuch, 1923. 32 p. (La literatura peruana; 7).
- «Bolívar». En *Revista Histórica*, Lima, vol. VII, 1924, p. 375-380.
- «Un hispanista francés: Don Raymundo Foulché-Delbosc». Extrait de la *Revue Hispanique*, Nueva York & París, vol. LXXXI, 1933. 12 p.
- *Transformation en Amérique latine*. París, Institut des Études Américaines, 1938. 3 p. (Cahiers de politique étrangère ; 49).
- *L'avenir de la Société des Nations*. París, A. Pedone, 1938. 13 p.
Discurso pronunciado ante el consejo de la Liga de las Naciones, en Ginebra, el 16 de septiembre de 1938.
- *In memoriam*. Génova, Éditions de la Frégate, 1944. 60 p.
Homenaje a José de la Riva Agüero y Osma, fallecido en Lima el 25 de octubre de 1944.
- *José de la Riva Agüero: recuerdos*. Lima, Impr. Santa María, 1949. 30 p.
Conferencia dada en el Instituto Riva Agüero, Lima, el 22 de diciembre de 1947.
- «Carlos Arturo Torres y su obra». En *Anales de la Universidad de Antioquia*, Medellín, vol. XLIII, n.º 165, 1967, p. 597-601.
- *Bolívar es el más grande de los Libertadores: es el Libertador*. Caracas, Italgráfica, 1992. 36 p. (Biblioteca de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Divulgación general; 33).

3. Prólogos a otros autores

- Antuña, José G.
Literae: ensayos, crítica, comentarios / prólogo de Francisco García Calderón. París, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926. 249 p.
- Barbagelata, Hugo David.
Para la historia de América / con una semblanza del autor por Francisco García Calderón. París, Agencia General de Librería, 1922. 184 p. (Biblioteca latinoamericana).
- Baudin, Louis.
Essais sur le socialisme, vol. I. *Les Incas du Pérou / préface de Francisco García Calderón*. Nouv. éd. París, Librairie de Médicis, 1947. 188 p. (Collection d'histoire économique).
- Echagüe, Juan Pablo.
Un teatro en formación / prólogo de Francisco García Calderón. Buenos Aires, Impr. Tragant, 1919. 404 p.

- Grisanti, Ángel.
La instrucción pública en Venezuela: Época colonial. La Independencia y primeros años de la República. Época actual / prólogo de Francisco García Calderón. Barcelona, Casa Editorial Araluce, 1933. 197 p.
- Melián Lafinur, Álvaro.
Figuras americanas / prólogo de Francisco García Calderón. París, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926. xx, 190 p.
- Montalvo, Juan.
El regenerador / prólogo de Francisco García Calderón. París, Garnier Hnos., 1929. 2 vols.
- Pérez, Enrique.
Vicios políticos de América / prólogo de Francisco García Calderón. París, P. Ollendorff, 1913. x, 289 p.
- Rey de Castro, Carlos.
El artículo III del Tratado de Ancón; sinopsis cronológica / prólogo de Francisco García Calderón. Cahors, Impr. Coueslant, 1919. 311 p. (Petite collection américaine).
- Reyes, Alfonso.
Cuestiones estéticas / prólogo de Francisco García Calderón. París, P. Ollendorff, 1911. 292 p.
- Torres, Carlos Arturo.
Los ídolos del foro; ensayo sobre las supersticiones políticas / apreciación de Francisco García Calderón. Madrid, Editorial América, 1916. 304 p.
- Varona, Enrique José.
Desde mi belvedere (edición definitiva) / con una semblanza preliminar por Francisco García Calderón y una carta autobiográfica. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1918. 327 p. (Colección de escritores americanos ; 3).
- Velarde, Héctor.
Kikiff / prólogo de Francisco García Calderón. Lima, Editorial Garcilaso, 1924. 118 p.

Bibliografía sobre Francisco García Calderón

- Andújar, Jorge.
«Francisco García Calderón y José de la Riva-Agüero». En *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, Lima, vol. 21, 1994, pp. 19-32.
Ponencia sometida a las jornadas de estudio «Vigencia de José de la Riva-Agüero y Osma», realizadas en 1994.
- Aronna, Michael.
«Pueblos enfermos». En *The discourse of illness in the turn-of-the-century Spanish and Latin American essay*. Chapel Hill, NC, University of North Carolina,

Department of Romance Languages, 1999. 195 p. (North Carolina studies in the Romance languages and literatures ; 262).

- Basadre, Jorge.
«Realce e infortunio de Francisco García Calderón». Ensayo preliminar a *En torno al Perú y América (páginas escogidas)*. Lima, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, 1954, p. VII-XLI.
- Belaúnde, Víctor Andrés.
«Francisco García Calderón». En *Mercurio Peruano*, Lima, vol. XXXIV, n.º 316, julio 1953, p. 255-259.
- Carrión, Benjamín.
Los creadores de la nueva América. Prólogo de Gabriela Mistral. Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1928. 217 p.
Trata centralmente de José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón y Alcides Arguedas.
- Chavarría, Jesús.
«The intellectuals and the crisis of modern Peruvian nationalism, 1870-1919». En *Hispanic American Historical Review*, Durham, NC, vol. 50, n.º 2, mayo 1970, pp. 257-278.
- Delgado, Luis Humberto.
Hombres de nuestro tiempo. Lima, American Express Ltd., 1928-30. 2 vols. (Col. Microcosmos).
Contiene una semblanza de Francisco García Calderón (vol. I, p. 11-15).
- Fernández Cabrelli, Alfonso.
«Francisco García Calderón: vigencia de su propuesta integradora». En *Hoy es Historia* (revista bimestral de historia nacional e iberoamericana), Montevideo, vol. VII, n.º 40, julio/agosto 1990, p. 37-52.
- Flores Galindo, Alberto.
«Francisco García Calderón: un profesor de idealismo». En sus *Obras completas*. Lima, CONCYTEC & Sur, Casa de Estudios del Socialismo, 1993, vol. IV, p. 35-40.
- García Calderón, Ventura.
Nosotros. París, Garnier Hnos., 1946. 148 p.
- García Godoy, Federico.
Americanismo literario. José Martí ; José Enrique Rodó ; Francisco García Calderón ; Rufino Blanco Fombona. Madrid, Editorial América, 1917. 248 p. (Biblioteca Andrés Bello; 37).
- Gonzales, Osmar.
Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano. Lima, Ediciones PREAL, 1996. 346 p.
- Guerra García, Francisco.
«Los novecientistas». En *Socialismo y Participación*, Lima, n.º 47, septiembre 1989, pp. 1-6.

- Jiménez Borja, José.
«Grandeza y aticismo en la obra de Francisco García Calderón». En *Letras* (órgano de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos), Lima, n.º 50-53, 1954, pp. 5-19.
- Loayza, Luis.
«Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón. París, 1913/1914». En *Saludo del Perú para Alfonso Reyes*. Lima, Embajada de México en el Perú, 1989.
- López-Ocón Cabrera, Leoncio.
«La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón». En *Revista de Indias*, Madrid, vol. XLVI, n.º 178, julio/diciembre 1986, pp. 643-649.
- Llosa, Jorge Guillermo.
«Francisco García Calderón». En *Biblioteca Hombres del Perú* / dir. por Hernán Alva Orlandini. Lima, Editorial Universitaria, 1966, vol. 38, pp. 47-103.
- Peña, Antonio.
«José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaúnde». En *Pensamiento político peruano* / Alberto Adrianzén, editor. Lima, DESCO, 1987.
Ponencia sometida a un simposio organizado por DESCO, en 1986.
- Planas, Pedro.
El 900: balance y recuperación. Lima, Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1994. 456 p.
- Rodríguez Monegal, Emir.
«Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón». En *Número*, Montevideo, abril/septiembre 1953.
- Rodríguez Monegal, Emir.
«América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó». En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n.º 417, marzo 1985, pp. 166-171.
- Salazar Bondy, Augusto.
Historia de las ideas en el Perú contemporáneo: el proceso del pensamiento filosófico. Lima, F. Moncloa, 1965. 2 vols. (470 p.)
- Sánchez, Luis Alberto.
La literatura peruana: derrotero para una historia cultural del Perú. Lima, Ediventas, 1965-66. 5 vols. (1846 p.)
- Sánchez, Luis Alberto.
Balance y liquidación del novecientos. ¿Tuvimos maestros en nuestra América? 3.ª ed. corr. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968. 238 p.
- Sánchez, Luis Alberto.
Escritores representativos de América (primera serie). 3.ª ed. Madrid, Gredos, 1971. 3 vols. (Biblioteca románica hispánica. Campo abierto; 11).

- Sanders, Karen.
Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930). Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica, 1997. 446 p. (Publicaciones del Instituto Riva-Agüero; 160).
Trata las obras de Manuel González Prada, Francisco García Calderón, José Carlos Mariátegui, Víctor Andrés Belaúnde y Víctor Raúl Haya de la Torre.
- Tamayo Vargas, Augusto.
Literatura peruana. Lima, PEISA, 1992-93. 3 vols. (xvi, 1073 p.)
Toca a Francisco García Calderón en el vol. II: *De la emancipación; Costumbrismo y romanticismo; Realismo y premodernismo; Modernismo*.
- Ugarteche, Pedro.
«Francisco García Calderón, maestro y amigo de la juventud». En *Mercurio Peruano*, Lima, vol. XXXIV, n.º 316, julio 1953, pp. 262-264.
- Valle, Rafael Heliodoro.
«La América de García Calderón». En *Mercurio Peruano*, Lima, vol. XXXIV, n.º 316, julio 1953, pp. 267-269.
- Vargas Llosa, Mario.
«Francisco García Calderón: (1) Vida y obras ; (2) Teoría de los dos Perúes». En *Cultura Peruana*, Lima, vol. XVI, 1956, n.º 97 (julio), pp. 50-66, y n.º 98 (agosto), pp. 27-66.